SUPLEMENTO DE Página/12

Año 2 - Nº 78 - Viernes 3 de julio de 1992

METROPOLIS

DESPUES DEL MILLON DE HABITANTES, ESTRES SEGURO

CADA DIA MAS LOCOS

Producción fotográfica:
Adriana Lestido

La obsesión por los servicios.

Por óptimos que sean los aspectos urbanísticos de una gran ciudad, superado el millón de habitantes el estrés está garantizado. La tensión es la defensa del individuo ante los trastornos de esa forma de vida.

El estrés como carta de ciudadanía

ALTA TENSION

(Por Javier Rombouts) El mito señaló alguna vez la importancia de llegar y reinar en el centro: la panacea tenía luces de neón y calles en constante vigilia. Por ese entonces la ciudad era más una metáfora que un congestionamiento de tránsito, más una oportunidad de triunfo que un porcentaje de contaminación ambiental. Todavía el estrés no se contaba entre los males citadinos. No fue necesario ningún tipo de conjuro para lograrlo. La ciudad, por cuenta propia, se encargó de encumbrarlo. "Cualquier metrópolis con más de un millón de habitantes genera necesariamente estrés", sentencia Ricardo Stern, psicólogo social y docente del Posgrado de Arquitectura en la Universidad de Buenos Aires. "Y no está mal —continúa—, porque el estrés no es malo en sí mismo. Una cierta cuota es, inclusive, la defensa que opone el habitante a los trastornos que le produce la ciudad. Ante una cantidad importante de sensaciones displacenteras, el habitante necesita defenderse. El estrés se vuelve nocivo cuando su nivel es muy alto, cuando se convierte en constante y cotidiano. Pero sin una cuota mínima un individuo no puede vivir en la ciudad. Sin cierto grado de tensión, la ciudad lo pisa o lo arrastra o lo expulsa", agrega Stern.

El bloque Buenos Aires-Gran Buenos Aires cuenta con doce millones de habitantes, tres de esos millones ubicados sólo en la Capital Federal. Basta un cálculo sencillo para inferir que la cantidad de metros cuadrados por persona es, en la evaluación más optimista, escasa. "En la mayoría de los casos, la gente no tiene opción. La propiedad horizontal construida para ser alquilada empeora la calidad de vida. Los materiales utilizados no siempre son de buena calidad, en consecuencia, se escuchan voces y ruidos de los departamentos vecinos, se siente frío en invierno y calor en verano por la poca ventilación. Además, en muchos casos las personas viven hacinadas: por ejemplo, se puede pensar en departamentos de dos ambientes habitados por siete. Los motivos, por supuesto, son económicos. Comparten los gastos de la unidad, están cerca del trabajo. Pero estos departamentos están pensados para un máximo de tres personas", explica la arquitecta Cristina Malfa, docente de Planificación Urbana en la UBA. "Todo funciona mal, necesariamente: espacio y servicios. Las cañerías no soportan que siete personas se bañen a diario. El resultado es la saturación de la estructura. Aparecen hongos en las paredes, humedades que no pueden solucionarse. Cada vez la calidad de vida es peor", concluye.

Stern sostiene que para que el nivel de estrés disminuya los sistemas de comunicación deberían funcionar de una manera adecuada. "Cuando hablo de comunicación me refiero a todo tipo de servicio, a todo aquello que genera en el habitante la ilusión de estar protegido: transportes, teléfonos, gas, luz, calles en buen estado", especifica, para agregar luego que cuando estos servicios, o alguno de ellos, no cumple su parte, aumenta la sensación de soledad en el individuo, y con ella aumenta la tensión. "Los que habitamos la ciudad necesitamos mantener los vínculos primarios: familiares, amigos. El habitante cree que esto es posible porque la ciudad tiene mayor cantidad de medios para lograr el objetivo. Cuando uno de estos medios —el teléfono, por ejemplo— no funcional, la angustia aumenta y con ella el estrés", remarca Stern.

Para el sociólogo norteamericano Richard Sennett, la ciudad es el lugar donde se puede dar la impersonalidad, redundante en mayor tensión. Un sitio donde ya no existe la comunidad, donde la seguridad de cada habitante vuelve peligroso el contacto con el resto. Lejos de los histéricos freudianos de principio de siglo, los habitantes modelos del siglo XXI parecen escapados de una pesadilla freddiana.

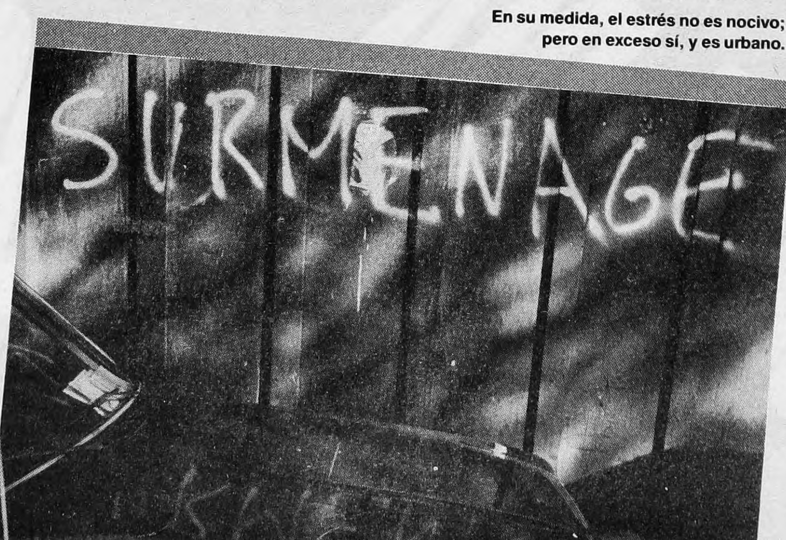
Dime dónde vives y te diré quién eres

"En el interior las casas están construidas a la medida de las personas. Las puertas y las ventanas son abarcables. En Buenos Aires, esa sensación no existe: uno parece un ratón caminando entre las paredes del laberinto de un laboratorio. El hombre ya no manda, no puede abarcar sus propias construcciones; perdió la escala, y eso tensiona mucho. Uno termina por descubrir que ese objeto que está frente a sí puede ser peligroso. Las grandes rutas, los grandes edificios, las grandes compañías de servicio: todo enorme, todo inabarcable, todo fuera del alcance", detalla Stern. Y pone un ejemplo: llega una boleta de teléfono con un importe a pagar muy superior al correspondiente por el consumo estimado por el usuario. El dueño de la línea se queja, reclama. La compañía de teléfonos le responde que la medición es correcta y que si no paga le cortan el servicio. El usuario lo necesita, entonces paga. "Ya no sabe quién tiene razón, y si no quiere terminar tensionándose de más les echa la culpa a sus hijos por hablar demasiado cuando él no está. A sus hijos los puedes culpar, los ve todos los días, pero ¿quién es la compañía de teléfonos?", pregunta Stern.

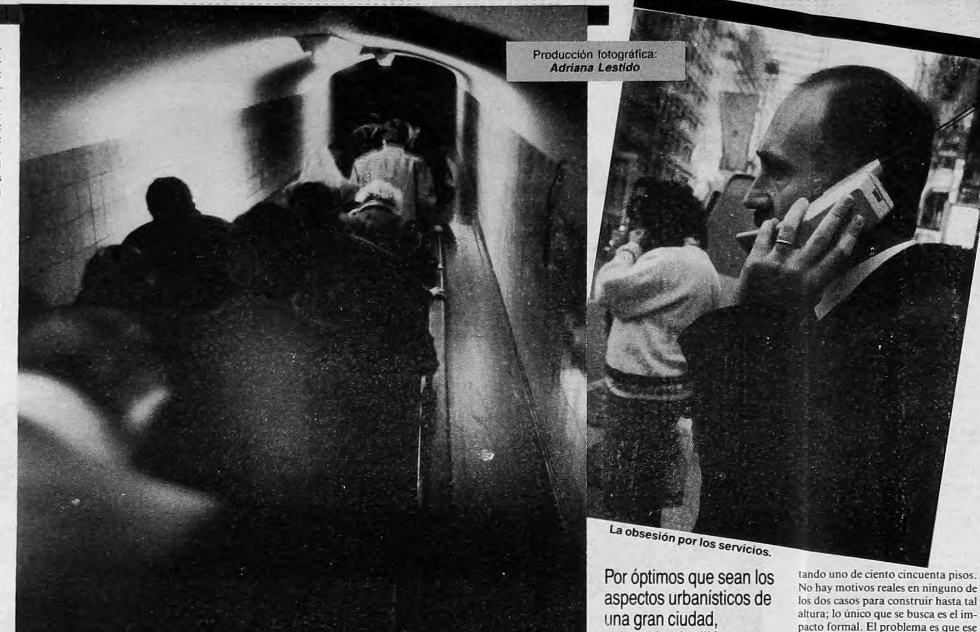
La arquitecta Malfa rescata que, comparativamente, Buenos Aires es una ciudad menos agresiva y productora de menos estrés que otras. Lo sostiene al asegurar que en la Capital Federal "el tratamiento a escala entre hombre y monumentos todavía tiene alguna relación: uno puede observar una vidriera sin sufrir un tanque de vértigo. Hay ciudades, en cambio, donde la escala hombre-construcción está perdida. Brasilia, por ejemplo. Las grandes avenidas y los edificios enormes tienen un motivo o política urbana —explica Malfa—, conocida como *haussmanización*. Es una idea concebida por el prefecto Haussman para la ciudad de París. Mal o bien, se terminó aplicando en todo el mundo esa concepción estratégico-militar que subyace tras la idea de construir grandes avenidas: estas vías permiten un rápido desplazamiento de tropas y hacen más visible la ciudad. Desde luego, no se considera siquiera el problema de la tensión que esta concepción provoca en la vida del ciudadano", insiste Malfa.

Moles que tensionan: detrás del Automóvil Club Argentino se está construyendo un edificio de cincuenta y cuatro pisos. "Es necesario —opina Malfa—, pero se puede pensar que en Manhattan se está proyec-

En su medida, el estrés no es nocivo; pero en exceso sí, y es urbano.



Producción fotográfica:
Adriana Lestido



La obsesión por los servicios.

El estrés como carta de ciudadanía

ALTA TENSION

(Por Javier Rombouts) El mito señaló alguna vez la importancia de llegar y reinar en el centro: la panacea tenía luces de neón y calles en constante vigilia. Por ese entonces la ciudad era más una metáfora que un congestionamiento de tránsito, más una oportunidad de triunfo que un porcentaje de contaminación ambiental. Todavía el estrés no se contaba entre los males citadinos. No fue necesario ningún tipo de conjuro para lograrlo. La ciudad, por cuenta propia, se encargó de encumbrarlo. ''Cualquier metrópolis con más de un millón de habitantes genera necesariamente estrés'', sentencia Ricardo Stern, psicólogo social y docente del Posgrado de Arquitectura en la Universidad de Buenos Aires. ''Y no está mal —continúa—, porque el estrés no es malo en sí mismo. Una cierta cuota es, inclusive, la defensa que opone el habitante a los trastornos que le produce la ciudad. Ante una cantidad importante de sensaciones displacenteras, el habitante necesita defenderse. El estrés se vuelve nocivo cuando su nivel es muy alto, cuando se convierte en constante y cotidiano. Pero sin una cuota mínima un individuo no puede vivir en la ciudad. Sin cierto grado de tensión, la ciudad lo pisa o lo arrastra o lo expulsa'', agrega Stern.

El bloque Buenos Aires-Gran Buenos Aires cuenta con doce millones de habitantes, tres de esos millones ubicados sólo en la Capital Federal. Basta un cálculo sencillo para inferir que la cantidad de metros cuadrados por persona es, en la evaluación más optimista, escasa. ''En la mayoría de los casos, la gente no tiene opción. La propiedad horizontal construida para ser alquilada empeora la calidad de vida. Los materiales utilizados no siempre son de buena calidad, en consecuencia, se escuchan voces y ruidos de los departamentos vecinos, se siente frío en invierno y calor en verano por la poca ventilación. Además, en muchos casos las personas viven hacinadas: por ejemplo, se puede pensar en departamentos de dos ambientes habitados por siete. Los motivos, por supuesto, son económicos. Comparten los gastos de la unidad, están cerca del trabajo. Pero estos departamentos están pensados para un máximo de tres personas'', explica la arquitecta Cristina Malfa, docente de Planificación Urbana en la UBA. ''Todo funciona mal, necesariamente: espacio y servicios. Las cañerías no soportan que siete personas se bañen a diario. El resultado es la saturación de la estructura. Aparecen hongos en las paredes, humedades que no pueden solucionarse. Cada vez la calidad de vida es peor'', concluye.

Stern sostiene que para que el nivel de estrés disminuya los sistemas de comunicación deberían funcionar de una manera adecuada. ''Cuando hablo de comunicación me refiero a todo tipo de servicio, a todo aquello que genera en el habitante la ilusión de estar protegido: transportes, teléfonos, gas, luz, calles en buen estado'', especifica, para agregar luego que cuando estos servicios, o alguno de ellos, no cumple su parte, aumenta la sensación de soledad en el individuo, y con ella aumenta la tensión. ''Los que habitamos la ciudad necesitamos mantener los vínculos primarios: familiares, amigos. El habitante cree que esto es posible porque la ciudad tiene mayor cantidad de medios para lograr el objetivo. Cuando uno de estos medios —el teléfono, por ejemplo— no funcional, la angustia aumenta y con ella el estrés'', remarca Stern.

Para el sociólogo norteamericano Richard Sennett, la ciudad es el lugar donde se puede dar la impersonalidad, redundante en mayor tensión. Un sitio donde ya no existe la comunidad, donde la seguridad de cada habitante vuelve peligroso el contacto con el resto. Lejos de los histéricos freudianos de principio de siglo, los habitantes modelos del siglo XXI parecen escapados de una pesadilla freddiana.

Por óptimos que sean los aspectos urbanísticos de una gran ciudad, superado el millón de habitantes el estrés está garantizado. La tensión es la defensa del individuo ante los trastornos de esa forma de vida.

Dime dónde vives y te diré quién eres

''En el interior las casas están construidas a la medida de las personas. Las puertas y las ventanas son abarcables. En Buenos Aires, esa sensación no existe: uno parece un ratón caminando entre las paredes del laberinto de un laboratorio. El hombre ya no manda, no puede abarcar sus propias construcciones; perdió la escala, y eso tensiona mucho. Uno termina por descubrir que ese objeto que está frente a sí puede ser peligroso. Las grandes rutas, los grandes edificios, las grandes compañías de servicio: todo enorme, todo inabarcable, todo fuera del alcance'', detalla Stern. Y pone un ejemplo: llega una boleta de teléfono con un importe a pagar muy superior al correspondiente por el consumo estimado por el usuario. El dueño de la línea se queja, reclama. La compañía de teléfonos le responde que la medición es correcta y que si no paga le cortan el servicio. El usuario lo necesita, entonces paga. ''Ya no sabe quién tiene razón, y si no quiere terminar tensionándose de más les echa la culpa a sus hijos por hablar demasiado cuando él no está. A sus hijos los puedes culpar, los ve todos los días, pero ¿quién es la compañía de teléfonos?'', pregunta Stern.

La arquitecta Malfa rescata que, comparativamente, Buenos Aires es una ciudad menos agresiva y productora de menos estrés que otras. Lo sostiene al asegurar que en la Capital Federal ''el tratamiento a escala entre hombre y monumentos todavía tiene alguna relación: uno puede observar una vidriera sin sufrir un tanque de vértigo. Hay ciudades, en cambio, donde la escala hombre-construcción está perdida. Brasilia, por ejemplo. Las grandes avenidas y los edificios enormes tienen un motivo o política urbana —explica Malfa—, conocida como *haussmanización*. Es una idea concebida por el prefecto Haussman para la ciudad de París. Mal o bien, se terminó aplicando en todo el mundo esa concepción estratégico-militar que subyace tras la idea de construir grandes avenidas: estas vías permiten un rápido desplazamiento de tropas y hacen más visible la ciudad. Desde luego, no se considera siquiera el problema de la tensión que esta concepción provoca en la vida del ciudadano'', insiste Malfa.

Moles que tensionan: detrás del Automóvil Club Argentino se está construyendo un edificio de cincuenta y cuatro pisos. ''Es necesario —opina Malfa—, pero se puede pensar que en Manhattan se está proyectando uno de ciento cincuenta pisos. No hay motivos reales en ninguno de los dos casos para construir hasta tal altura; lo único que se busca es el impacto formal. El problema es que ese impacto supone inconvenientes: la zona tendrá —tanto en Buenos Aires como en Manhattan— una saturación en los servicios. Seguramente esto no contribuya a mejorar la calidad de vida del habitante.''

En su medida, el estrés no es nocivo; pero en exceso sí, y es urbano.

La inseguridad o la jaula

Malfa y Stern coinciden en encontrar indispensables los paseos públicos urbanos, los espacios verdes donde el ciudadano puede relajarse. Pero más tensionante que la escasez de parques o plazas es la falta de seguridad, desde el punto de vista del psicólogo social Stern. ''Eso se nota en las nuevas construcciones: casas hermosas convertidas en jaulas a fuerza de rejas. O en la superpoblación de shoppings que padecemos en la actualidad: un espacio seguro donde comprar y vender. El costo es, en ambos casos, también el estrés. No es bonito ni despejado vivir encerrado, como tampoco son tranquilas las visitas a los shoppings. Si se quiere —agrega—, la perspectiva no es buena porque para aliviar estas tensiones recurrimos a métodos que sólo ilusoriamente bajan nuestro estrés el café, la nicotina, los psicofármacos.''

Aparentemente, la ciudad ideal con habitantes que vivan en comunidad y sin un grado demasiado alto de tensiones sólo puede encontrarse en alguna producción del Walt Disney. La arquitecta Malfa señala que la respuesta de cierta clase media o alta es el retiro a zonas menos pobladas, como countries y quintas, también rigurosamente vigiladas. ''En las grandes ciudades, por ejemplo, Nueva York, este éxodo hizo que el centro se convirtiera en tierra de nadie, sobre todo por las noches. En Buenos Aires todavía no se verifica nada por el estilo. Sí tenemos como ellos una relación demasiado afectuosa con nuestros artefactos domésticos: nos comportamos como autistas en la intimidad compartida con la videocasetera o con la computadora.''

La ciudad, entonces, no es un sitio vivamente recomendable para vivir de manera armónica. ''Es, sin embargo, la forma artificial que el hombre eligió'', se consuela Stern, y agrega: ''Lo cierto es que contracturas y dolores de cabeza no nos van a faltar nunca''.



La decadencia del imperio: los herreros —artesanos más que calificados— tuvieron que volverse desarmadores y luego chatarreros para sobrevivir.

Herreros, desarmadores, chatarreros

ESPECIES EN EXTINCION

(Por Pablo Reyero) La chatarra es una mercancía en extinción, cuyo valor se deprecia día a día. Pero entre las montañas de rezagos metálicos aún respira una infinidad de historias de inmigrantes, herreros artesanos que acompañaron la decadencia de su oficio haciendo frente a la producción en serie. Son historias de vida con un periplo común: la fragua primero, el desarmadero de automóviles luego y, por último, las chatarrerías.

I. Los pioneros

Samuel tenía seis años cuando quedó huérfano en Polonia. Había nacido con el siglo y era el menor de tres hermanos. Consiguió emplearse como aprendiz del herrero del pueblo, puesto muy preciado. Con una escoba amontonaba los recortes de hierro en los rincones del taller. No entendía cómo un hombre podía hallar diferencias entre esos fierros con sólo mirar las chispas que despedían al rasparlos con una piedra. Veinte, treinta clases de ese metal de apariencia impenetrable debía apilar por separado.

En 1919 su casa estaba en ruinas y la familia se había desmembrado para sobrevivir. Alguien le habló de una tierra próspera, y la distancia potenció su esperanza de un mundo mejor: emigró hacia la Argentina en la bodega de un barco. Durante la travesía Samuel conoció a Natalio, un italiano retacón y grueso que escribía poemas y pintaba. Entonces no sospechó que ése sería su mejor amigo y socio durante veintidós años.

Juntos se emplearon en una fragua de Avellaneda. Hacían las carrocerías de las chatas de carne, llantaban las ruedas de los carros y herraban los caballos. ''Sólo faltaba el látigo pegando en la espalda para ser un esclavo perfecto'', contó a sus hijos. ''Pero un día la providencia dejó caer una ganchera de carne que me partió la cabeza. Mientras Natalio me socorría con un trapo mojado y sal gruesa, apareció el patrón:

—¡Qué hacen cebo, gringos de mierda, ahí! —nos dijo y ahí nomás nos prometimos salir de ese lugar. Yo había juntado ochenta pesos, y le propuse a Natalio que, con un poquito más, nos compráramos un terreno y nos pusiéramos a trabajar por nuestra cuenta.''

La última noche que pasaron en relación de dependencia desenterraron las mazas y punzones que habían fabricado mientras el patrón hacía sus recorridas, cargaron al hombro un yunque de ochenta kilos de peso y a pie cruzaron el Riachuelo para llegar a su nueva morada: un yuyal en Mataderos de unos diez metros de frente por veintitantos de fondo, un terreno bajo rellenado con los desperdicios del barrio.

Quitaron la maleza, cavaron un gran foso para el caldeado, día y noche alimentaron con troncos de quebracho aquel hoyo incandescente donde hundían las planchuelas de acero convertidas en esferas irregulares a mazazos. Cuando el metal se ponía al rojo vivo, con golpes también forjaban sus extremidades, lo ajustaban a la rueda de madera con un cepo y antes de que se incendiara la tiraban en un enorme piletón.

En toda la zona, únicamente un herrero superaba a Samuel en el manejo del oficio: un inmigrante siciliano apellidado Amato, nieto de herreros artesanos. Dominaba el estilo morisco, el inglés, el francés, el colonial, el cabildo; sus rejas y portales eran singulares, como las mesas, los bancos, las sillas o las cunas hechas a mano, forjando finas hojas de hierro. También trabajaba en la fragua a puro golpe en la bigornia los yuguillos para los caballos y diseñaba todo tipo de herramientas. Samuel tuvo la oportunidad de ver sus trabajos y quedó absolutamente impresionando. Pero el siciliano lo previno:

—Los automóviles van a terminar con los herreros.

Samuel se negó a entender. Fue Natalio quien lo hizo entrar en razón y le propuso sacar provecho de los autos en lugar de detestarlos. Así aplicaron sus conocimientos de herreros a un negocio en ascenso: los desarmaderos de automóviles. La Segunda Guerra Mundial era un hecho; el racionamiento de combustible y la escasez de repuestos, la gran ocasión. Treinta y cinco o cuarenta pesos pagaban por un auto o un ómnibus y, tras desarmar, con vender dos cubiertas ya estaban ganando. La chapa la vendían a las metalúrgicas y los vales de nafta eran una pequeña fortuna. Muchas otras familias de inmigrantes del arte europeo hacían lo mismo en la zona de Warnes.

II. Las nuevas generaciones

—Nos criamos entre esqueletos de autos. Nunca hubo menos de veinte en el terreno. Nuestro predilecto era un Arbur francés, color azul profundo con guardabarros negros. Doce años lo tuvimos, por un problema judicial mi viejo no lo podía desarmar, así que nosotros estábamos contentos. Y yo voy a seguir hasta las últimas consecuencias con los fierros. Aunque sé que este oficio hoy es marginal y está próximo a su extinción.

Quien así habla es Alberto, uno de los hijos de Samuel, quien de tanto ratearse del secundario industrial terminó por continuar el oficio de su padre. Por entonces el negocio del desarmadero se había restringido ya a unos pocos privilegiados, y Samuel seguía el destino de muchos herreros: morir chatarreros. En la década del 60 el hierro usado era reciclado en los hornos de las grandes fábricas: Acindar, Santa Rosa, La Cantábrica y otras empresas significaban para la familia la compra-venta de unas diez toneladas semanales. Los hijos de Samuel aplicaron junto a su padre el olfato del herrero para distinguir la calidad de cada pieza de metal de las montañas de rezagos industriales. Compraban a bajo precio y vendían más caro pero siempre un 60 % debajo del costo del hierro nuevo. La balanza sustituyó definitivamente a las fraguas y los hijos de artesanos forjadores desarrollaron el oficio sustituto del chatarrero.

Algunos pocos, como Julio Amato, hijo del siciliano, intentaron combinar el buen gusto con las nuevas demandas de la herrería de obra. Pero la producción estándar los superó. ''Ya no quedan herreros —se queja—, hoy son todos armadores. Se piensan que la herrería es tapar un agujero con un caño. El oficio se degeneró'', dice quien vive en la actualidad de la compra-venta de hierros.

Pero también los chatarreros parecen estar barranca abajo: ''Martínez de Hoz hizo de la industria un palo enjabonado. Tuvimos que despedir a los cinco empleados que teníamos, se simplificaron los procesos, los depósitos se dedicaron a la selección del hierro, los chapones y los cortes a medida'', se lamenta Alberto. ''Empiezo a odiar los fierros. Sé que este oficio tiene los días contados —declara—, pero no puedo sino esperar a que expire.''





ndo uno de ciento cincuenta pisos. o hay motivos reales en ninguno de s dos casos para construir hasta tal tura; lo único que se busca es el imcto formal. El problema es que ese pacto supone inconvenientes: la na tendrá —tanto en Buenos Aires mo en Manhattan— una saturaón en los servicios. Seguramente es- no contribuya a mejorar la calid de vida del habitante.''

a inseguridad la jaula

Malfa y Stern coinciden en enconar indispensables los paseos públis urbanos, los espacios verdes done el ciudadano puede relajarse. Pe- más tensionante que la escasez de arques o plazas es la falta de seguidad, desde el punto de vista del psiólogo social Stern. ''Eso se nota en s nuevas construcciones: casas hers convertidas en jaulas a fuer- de rejas. O en la superpoblación shoppings que padecemos en la ctualidad: un espacio seguro done comprar y vender. El costo es, en mbos casos, también el estrés. No bonito ni despejado vivir encerra-, como tampoco son tranquilas las sitas a los shoppings. Si se quiere agrega—, la perspectiva no es bue- porque para aliviar estas tensios recurrimos a métodos que sólo nsoriamente bajan nuestro estrés café, la nicotina, los psicofármas.''

Aparentemente, la ciudad ideal n habitantes que vivan en comuidad y sin un grado demasiado alde tensiones sólo puede encontrar- en alguna producción del Walt sney. La arquitecta Malfa señala e la respuesta de cierta clase me- o alta es el retiro a zonas menos bladas, como countries y quintas, nbién rigurosamente vigiladas. En las grandes ciudades, por ejem-, Nueva York, este éxodo hizo e el centro se convirtiera en tierra nadie, sobre todo por las noches. Buenos Aires todavía no se veri- nada por el estilo. Si tenemos co- ellos una relación demasiado ctuosa con nuestros artefactos dosticos: nos comportamos como istas en la intimidad compartida la videocasetera o con la comadora.''

La ciudad, entonces, no es un si- vivamente recomendable para vi- de manera armónica. ''Es, sin bargo, la forma artificial que el nbre eligió'', se consuela Stern, y ega: ''Lo cierto es que contractu- y dolores de cabeza no nos van ltar nunca''.

Herreros, desarmadores, chatarreros

ESPECIES EN EXTINCION

(Por Pablo Reyero) La chatarra es una mercancía en extinción, cuyo valor se deprecia día a día. Pero entre las montañas de rezagos metálicos aún respira una infinidad de historias de inmigrantes, herreros artesanos que acompañaron la decadencia de su oficio haciendo frente a la producción en serie. Son historias de vida con un periplo común: la fragua primero, el desarmadero de automóviles luego y, por último, las chatarrerías.

I. Los pioneros

Samuel tenía seis años cuando quedó huérfano en Polonia. Había nacido con el siglo y era el menor de tres hermanos. Consiguió emplearse como aprendiz del herrero del pueblo, puesto muy preciado. Con una escoba amontonaba los recortes de hierro en los rincones del taller. No entendía cómo un hombre podía hallar diferencias entre esos fierros con sólo mirar las chispas que despedían al rasparlos con una piedra. Veinte, treinta clases de ese metal de apariencia impenetrable debía apilar por separado.

En 1919 su casa estaba en ruinas y la familia se había desmembrado para sobrevivir. Alguien le habló de una tierra próspera, y la distancia potenció su esperanza de un mundo mejor: emigró hacia la Argentina en la bodega de un barco. Durante la travesía Samuel conoció a Natalio, un italiano retacón y grueso que escribía poemas y pintaba. Entonces no sospechó que ése sería su mejor amigo y socio durante veintidós años.

Juntos se emplearon en una fragua de Avellaneda. Hacían las carrocerías de las chatas de carne, llantaban las ruedas de los carros y herraban los caballos. ''Sólo faltaba el látigo pegando en la espalda para ser un esclavo perfecto'', contó a sus hijos. ''Pero un día la providencia dejó caer una ganchera de carne que me partió la cabeza. Mientras Natalio me socorría con un trapo mojado y sal gruesa, apareció el patrón:

—¡Qué hacen cebo, gringos de mierda, ahí! —nos dijo y ahí nomás nos prometimos salir de ese lugar. Yo había juntado ochenta pesos, y le propuse a Natalio que, con un poquito más, nos compráramos un terreno y nos pusiéramos a trabajar por nuestra cuenta.''

La última noche que pasaron en relación de dependencia desenterraron las mazas y punzones que habían fabricado mientras el patrón hacía sus recorridas, cargaron al hombro un yunque de ochenta kilos de peso y a pie cruzaron el Riachuelo para llegar a su nueva morada: un yuyal en Mataderos de unos diez metros de frente por veintitantos de fondo, un terreno bajo rellenado con los desperdicios del barrio.

Quitaron la maleza, cavaron un gran foso para el caldeado, día y noche alimentaron con troncos de quebracho aquel hoyo incandescente donde hundían las planchuelas de acero convertidas en esferas irregulares a mazazos. Cuando el metal se ponía al rojo vivo, con golpes también forjaban sus extremidades, lo ajustaban a la rueda de madera con un cepo y antes de que se incendiara la tiraban en un enorme piletón.

En toda la zona, únicamente un herrero superaba a Samuel en el manejo del oficio: un inmigrante siciliano apellidado Amato, nieto de herreros artesanos. Dominaba el estilo morisco, el inglés, el francés, el colonial, el cabildo; sus rejas y portales eran singulares, como las mesas, los bancos, las sillas o las cunas hechas a mano, forjando finas hojas de hierro. También trabajaba en la fragua a puro golpe en la bigornia los yuguillos para los caballos y diseñaba todo tipo de herramientas. Samuel tuvo la oportunidad de ver sus trabajos y quedó absolutamente impresionando. Pero el siciliano lo previno:

—Los automóviles van a terminar con los herreros.

Samuel se negó a entender. Fue Natalio quien lo hizo entrar en razón y le propuso sacar provecho de los autos en lugar de detestarlos. Así aplicaron sus conocimientos de herreros a un negocio en ascenso: los desarmaderos de automóviles. La Segunda Guerra Mundial era un hecho; el racionamiento de combustible y la escasez de repuestos, la gran ocasión. Treinta y cinco o cuarenta pesos pagaban por un auto o un ómnibus y, tras desarmar, con vender dos cubiertas ya estaban ganando. La chapa la vendían a las metalúrgicas y los vales de nafta eran una pequeña fortuna. Muchas otras familias de inmigrantes del arte europeo hacían lo mismo en la zona de Warnes.

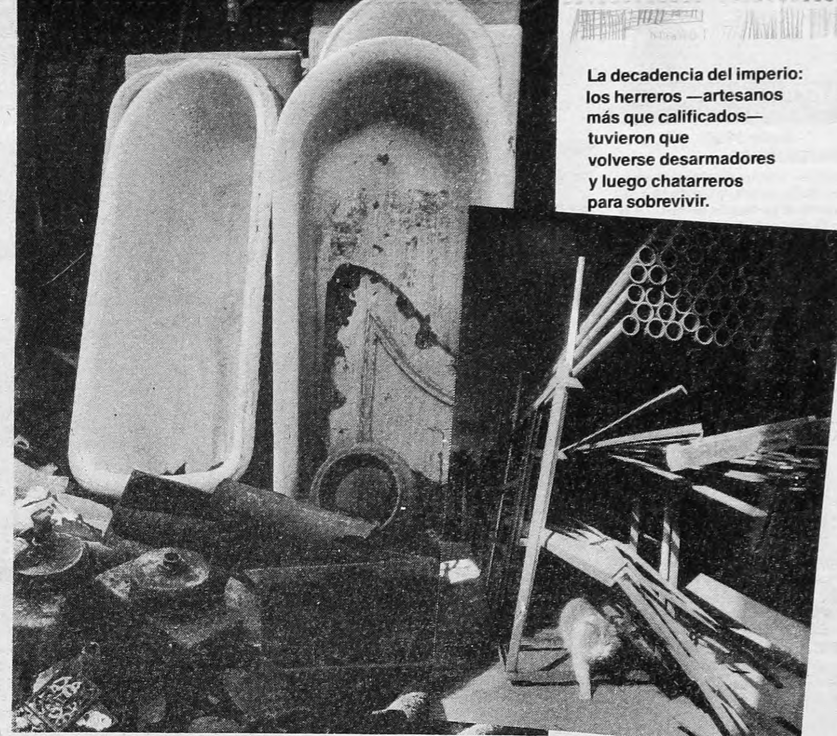
II. Las nuevas generaciones

—Nos criamos entre esqueletos de autos. Nunca hubo menos de veinte en el terreno. Nuestro predilecto era un Arbur francés, color azul profundo con guardabarros negros. Doce años lo tuvimos, por un problema judicial mi viejo no lo podía desarmar, así que nosotros estábamos contentos. Y yo voy a seguir hasta las últimas consecuencias con los fierros. Aunque sé que este oficio hoy es marginal y está próximo a su extinción.

Quien así habla es Alberto, uno de los hijos de Samuel, quien de tanto ratearse del secundario industrial terminó por continuar el oficio de su padre. Por entonces el negocio del desarmadero se había restringido ya a unos pocos privilegiados, y Samuel seguía el destino de muchos herreros: morir chatarreros. En la década del 60 el hierro usado era reciclado en los hornos de las grandes fábricas: Acindar, Santa Rosa, La Cantábrica y otras empresas significaban para la familia la compra-venta de unas diez toneladas semanales. Los hijos de Samuel aplicaron junto a su padre el olfato del herrero para distinguir la calidad de cada pieza de metal de las montañas de rezagos industriales. Compraban a bajo precio y vendían más caro pero siempre un 60 % debajo del costo del hierro nuevo. La balanza sustituyó definitivamente a las fraguas y los hijos de artesanos forjadores desarrollaron el oficio sustituto del chatarrero.

Algunos pocos, como Julio Amato, hijo del siciliano, intentaron combinar el buen gusto con las nuevas demandas de la herrería de obra. Pero la producción estándar los superó. ''Ya no quedan herreros —se queja—, hoy son todos armadores. Se piensan que la herrería es tapar un agujero con un caño. El oficio se degeneró'', dice quien vive en la actualidad de la compra-venta de hierros.

Pero también los chatarreros parecen estar barranca abajo: ''Martínez de Hoz hizo de la industria un palo enjabonado. Tuvimos que despedir a los cinco empleados que teníamos, se simplificaron los procesos, los depósitos se dedicaron a la selección del hierro, los chapones y los cortes a medida'', se lamenta Alberto. ''Empiezo a odiar los fierros. Sé que este oficio tiene los días contados —declara—, pero no puedo sino esperar a que expire.''



La decadencia del imperio: los herreros —artesanos más que calificados— tuvieron que volverse desarmadores y luego chatarreros para sobrevivir.





CENTRO CULTURAL RECOLETA

Junín 1930

EXPOSICIONES

• *ExpreSIDA*, muestra de afiches internacionales, charlas, debates y espectáculos como campaña de prevención del mal. En el Espacio Diseño, en las Salas 10, 11, 12 y 13, en las Antesalas 13, 14 y 15. En el horario de 15 a 21 entre martes y jueves, de 15 a 22 los viernes, de 12 a 22 los sábados y de 12 a 20 los domingos.
• *El paisaje metafísico*, pinturas y artesanías de las australianas Bauduk Márika y Broning Bancroflt. En las Salas 3 y 4 en el mismo horario.
• *Tiempo acumulado*, fotografías de Pablo Ortiz Monasterio. En el Fotoespacio, en el horario habitual.
• *Los personajes*, dibujos en tinta de Norberto Onofrio. En el Espacio Historieta y Sala 5, en el mismo horario.
• *Inés Arnedo*, en la Sala Primer Espacio A-B, en el horario habitual.
• *Cajas y pinturas*, acrílico sobre tela y lápiz sobre papel en las obras de Numa Mangiante. En la Sala Primer Espacio C, en el mismo horario.
• *Preselección Olimpíadas del Talento Joven*, Coca-Cola en la Artes y las Ciencias (Fase I). Esculturas, diseño gráfico, fotografías y video en las Salas 20, 21, 22 y Aula-Taller. En el horario habitual.

MUSICA

• *Ensemble Modern*, música contemporánea. En el Auditorium, el domingo a las 19.
• *El Encubrimiento, opiniones en el V Centenario*, sobre textos de Eduardo Galeano, Osvaldo Bayer, Roberto Fernández Retamar, James Petra. El martes 7 a las 19, en el Auditorium.

CHARLAS Y CONFERENCIAS

• *Venga a hablar de SIDA con:* Irma Roy, Henny Trailes, Kado Kotzer, Cristina del Valle y Rubén Green. Hoy a las 17, en la Sala 14.
• *Comunicación y SIDA*, debate entre Alberto Cormillot, Marisa Cassia, Raúl Feldman, María Laura Santillán, Sendra, Esteban Mirol, Pedro Cahn. Mañana a las 15 en la Sala 14.
• *Los jóvenes y el SIDA*, debate entre Susana Soriano, Cristina Tejedor, Laura Novoa, Fabián Vena, Rodrigo Fresán e Ignacio Copani, con la participación agregada de Moria Casán, Mario Pasik, Jorge Ginzburg y Marilina Ross.

CENTRO CULTURAL GENERAL SAN MARTIN

Sarmiento 1551

TEATRO

• *¡Purolocro rompe todo!*, obra del Grupo de Teatros Ambulantes Los Calandracas, dirigidos por Ricardo Talento. El domingo a las 15.30, en la Sala Juan Bautista Alberdi.
• *Adán llegó a Buenosayres*, obra basada en textos de Leopoldo Marechal, con coreografías de Alicia Orlando, música de José Luis Castiñeira de Dios y adaptación y dirección general de Malena Marechal. Los sábados a las 21 y los domingos a las 20, en la Sala Juan Bautista Alberdi.
• *Tacatín-Tacatán*, danza para niños con coreografías de Eliana Bonard y Alejandra Dawi, con dirección actoral de Charlie Nieto y música de María Teresa Corral. Todos los domingos de julio, a las 17.30 y en la Sala Juan Bautista Alberdi.
• *Las viajeras*, diálogo entre Verónica Isola y Ana Mestroni, bajo la dirección de Alfredo Zemma. Los miércoles a las 21, en la Sala Juan Bautista Alberdi.

CINE

• *Cineclub infantil*, ciclo para niños que dirigen Víctor Iturralde y Rosario Luna, todos los sábados a las 18 en la Sala Juan Bautista Alberdi.

MUSICA

• *Concierto de música popular instrumental*, con la dirección de Ricardo Capellano. El lunes 6 a las 21, en la Sala Juan Bautista Alberdi.

TEATRO MUNICIPAL GENERAL SAN MARTIN

Corrientes 1530

TEATRO

• *Trescientos millones*, de Roberto Arlt, con dirección de José María Paolantonio. Interpretada por Alejandra Boero, Onofre Lovero, Edda Bustamante y elenco, con escenografía de Juan Lepes, música de Rodolfo Mederos y vestuario de Renta Schussheim. Jueves, viernes y sábados a las 22.15, domingos a las 21, en la Sala Martín Coronado.
• *Traición*, de Harold Pinter, bajo dirección general de Jorge Hacker. Interpretada por Arturo Bonín, Daniel Fanego y Patricia Gilmour, con música original de Pablo Ziegler. Los miércoles a las 20, los jueves y los viernes a las 21.30, en la Sala Casacuberta.
• *Almas examinadas (díptico)*, creación de la Organización Negra, con guión y dirección de Manuel Hermelo y música de Gaby Kerpel. En la Sala Casacuberta, los martes a las 21.30 y los miércoles a las 22.30.
• *Cartas de amor en papel azul*, de Arnold Wesker, bajo dirección de Agustín Alezzo. En la Sala Cunill Cabanellas, los jueves, viernes y sábados a las 21.30.

MUSICA

• *La casa sin sosiego*, ópera de cámara con música de Gerardo Gandini sobre libreto de Griselda Gambaro. La puesta en escena pertenece a Laura Yusem y la dirección general a Gandini. Los miércoles a las 21, los jueves a las 19 y a las 22, en la Sala Casacuberta.
• *Los Huanca-Hua*, hoy y mañana a las 19 en el Hall Central, con la organización del Centro de Divulgación Musical (CDM) metropolitano.

CINE

• *Nuevos directores norteamericanos*, ciclo organizado por la Fundación Cinemateca en la Sala Leopoldo Lugones, donde se proyectará hoy, mañana y el domingo *El joven manos de tijera*, de Tim Burton, con Johnny Deep, Dianne Wiest y Alan Arkin. A las 15, 17.30, 20 y 22.30.
• *Miradas sobre Alfred Hitchcock*, ciclo organizado por la Fundación Omega, todos los martes en la Sala Leopoldo Lugones. El próximo 7, a las 17.30 y a las 20, se proyectará *El inquilino* (Gran Bretaña, 1926).

COMPLEJO TEATRAL ENRIQUE SANTOS DISCEPOLO

TEATRO PRESIDENTE ALVEAR

Corrientes 1659

• *Martes de tango*, ciclo que dirige Miguel Angel Spera y que presenta al Sexteto Tango, Rubén Fabré, Jorge Vidal, Alberto Morán, Las Marionetas de Ofelia y Mariano, y Haydée Padilla y el grupo noruego Tango Por 3. Los martes a las 21.
• *Ciclo del encuentro*, dirigido por Teresa Parodi que presenta a Perla Aguirre, Alberto Oviedo e invitados especiales. Los jueves a las 21.
• *La casa de Bernarda Alba*, de Federico García Lorca, con dirección de Jorge Alvarez e interpretación de Alicia Berdaxagar, Martha González, Susana Ortiz y elenco. Los sábados y los domingos a las 21.30.

MUSEOS MUNICIPALES

MUSEO DE ESCULTURAS LUIS PERLOTTI

Pujol 642

• *Muestra del patrimonio*, compuesta por obras de Luis Perlotti con trabajos en mármol, madera, bronce, cerámicas y pinturas. Entre martes y viernes, de 14 a 19; sábados y domingos de 14 a 20. Con visitas guiadas: lunes, 13.30 y 15.30; miércoles, 9.30, 11.30, 13.30 y 15.30; martes, jueves y viernes, 9.30 y 13.30.

INSTITUTO HISTORICO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Córdoba 1556, piso 1°

• *Historia urbana*, seminario-taller multidisciplinario de posgrado que dirige Sonia Berjman. Informes e inscripción en la sede del Instituto, o a los teléfonos 42-9370/5822.
• *Rock nacional*, tema del *Taller de Investigaciones para Adolescentes* que dirigen Ana Friedhein, Cristina Maretto y Miriam Alonso. Informes e inscripción en la sede del Instituto, o a los teléfonos 42-9370/5822.

PROGRAMA CULTURAL DE BARRIOS

• *Feria de Mataderos*, artesanías y tradiciones populares argentinas en la Recova del Mercado de Hacienda (avenidas Lisandro de la Torre y De los Corrales). Todos los domingos y feriados, de 11 a 20, se ofrecen talleres gratuitos —telar, tango, dibujo, danza folklórica, cerámica, títeres—, juegos tradicionales —sapo, herradura, palo enjabonado, carreras de embolsados—, comidas regionales —asado, locro, tamales, tortas fritas— y un festival folklórico.
• Talleres gratuitos en el Centro Cultural Fortunato Lacámera: *Plástica, Murales, Lectura literaria, Redacción periodística, Juegos y creación musical, Historias, misterios y personajes de San Telmo, Títeres y Zancos*. Informes e inscripción de lunes a viernes entre las 18 y las 20.30, en la sede del centro, San Juan 353.

VARIETE

• *Cuentos de humor y amor*, unipersonal de Ana María Bovo basado en relatos de J. D. Salinger, Katherine Mansfield, O'Henry, Silvina Ocampo, Felisberto Hernández y otros. Todos los viernes a las 21.30 en el Foro Gandhi-Nueva Sociedad, Montevideo 453, subsuelo. También allí se organizan los ciclos para los cinéfilos: el primero, del Grupo Vida, está dedicado al director francés Louis Malle y presenta este viernes a las 23 y este sábado a las 21 y 23 *El fuego fatuo*. También mañana y en el Foro Gandhi se presentará el espectáculo *Tango y nueva música* de Luis Borda Trío: a las 23.
• *Túneles coloniales, Manzana de las Luces, Colegio Nacional de Buenos Aires y Sala de Representantes* son algunos de los puntos del itinerario que los sábados y domingos a las 15.30 y a las 17 se pueden recorrer en las visitas guiadas que organiza el Instituto Histórico de la Manzana de las Luces, que parten de Perú 272. Además, en la Manzana funciona un *Mercado de antigüedades, artesanías, objetos de colección y artes plásticas:* todos los sábados de 10 a 18, en Perú casi Diagonal Sur.
• *Haciéndose la del monologo*, unipersonal del Sátira/12 Carlos Guarnerio que se ofrece el sábado a las 23 en el Teatro Bululú, Rivadavia 1350.
• *Manal-Javi-Pascuali*, nueva banda de Javier Martínez que se presenta hoy y mañana a las 23.30 en Liber/Arte, Corrientes 1551.
• *Tapices precolombinos argentinos*, de Alba Campo, y *Esculturas*, de Alfredo G. Lo Faro es la doble muestra que se ofrece en la Sucursal Chacarita del Banco de la Provincia de Buenos Aires, Federico Lacroze 3960. Desde el lunes y hasta el 23 de julio, de lunes a viernes entre las 10 y las 15.
• *El camionazo*, espectáculos, radio abierta, videos y música ambulante en el camión de la Dirección General de Acción y Promoción Cultural de la Municipalidad porteña. Mañana detendrá su marcha a las 16 en el Polideportivo Flores Sur, Bonorino y Autopista.
• *H20 3 Obras*, ensamble de tres obras cortas *—Apuntes sobre la ilusión, Bach* y *La canzonetista—* que dirigen respectivamente Adriana Viñals, Gonzalo Córdoba y Nelson Valente. El sábado a las 21 en el Centro Cultural Ricardo Rojas, Corrientes 2038.
• *Sobre justicias y preservativos*, muestra de León Ferrari cuyo objeto es el estudio del collage en el plano, el espacio, con materiales inertes y seres vivos. En el Espacio Giesso, Cochabamba 370.